

CRITICA DE LA CIVILIZACION Y DEL DERECHO EN GIACOMO LEOPARDI

I. SOCIEDAD Y CIVILIZACIÓN

Naturaleza y sociedad, para Giacomo Leopardi, son términos que se repelen. Razón y naturaleza pugnan, no marchan jamás de acuerdo; sucede lo mismo entre adecuación a los principios naturales y la concentración o pacto social. Sociedad, mundo y civilización vienen a querer expresar idéntico concepto. Tal idea aparece preñada de dos caracteres esenciales: arbitrariedad y artificialidad. El hombre no necesita tropezarse en el travesaño de la sociedad. Lo natural marca el camino a seguir: «observez la nature, et suivez la route qu'elle vous trace», recomendaba Rousseau (1).

Desde el instante en que el hombre retiróse de su estado natural comenzó su decadencia. Cuando él supo que estaba desnudo «provò una contraddizione colla sua natura» (2). Tal corrupción o decadencia se asienta sobre el saber. Adán supo lo que antes no sabía: su desnu-

(1) *Emile*, de «Oeuvres complètes», París, 1826, pág. 130.

(2) LEOPARDI: *Zibaldone o Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura*, Firenze, Successori Le Monnier (1898-1907), vol. I, pág. 445.

Una advertencia: estos siete tomos del *Zibaldone* constituyen la edición segunda. La primera también comenzó a editarse en el año 1898, pero en 1900 ya estaba terminada. Y la editaron igualmente los sucesores de Le Monnier.

El *Zibaldone* comprende pensamientos que LEOPARDI estampaba en cuadernos; es, por así decirlo, un diario. Resulta variadísimo, y a veces infantil. Pero importantísimo desde el punto de vista filosófico. A los sesenta y un años de su muerte, y en el primer centenario de su nacimiento, salían a luz estos pensamientos, para gloria del gran GIACOMO.

Otra advertencia: no confundir estos *Pensieri* con los *Pensamientos*, en número de III, obra más comprimida y más pulida que el *Zibaldone*. Y basta.

dez. De ahí proviene la miseria humana. Y en la fundación de la primera ciudad, llevada a cabo por Caín, hubo lugar la gestación de la sociedad. Caín, escribe Leopardi, alza

«los ciudadanos techos, antro y reino
de los cuidados macilentos...» (3)

La civilización no es obra sino «della sorte più che della natura» (4). Giacomo aborrece todo lo relativo a las ciudades. En ellas el odio sigue al dolor (5) y domina el «ocio lascivo». Leopardi hace suya la utopía russoniana, de espesos bosques y lagos serenísimos, de vida áspera y sana, de virtud vegetal y coloreada de heroicidades. Sueña Giacomo con una raza fuerte, ayuna de enfermedades, nacida para la cima y el esfuerzo, paraíso ella misma en su carne; una raza que no desea la muerte y que aplasta todo conato de tedio como a una almendra amarga... California, virgen y fabulosamente vergélica, se muestra a los ojos de Leopardi como un refugio auténtico entre los bandazos de la civilización maldecida. Y así, expone en el «Himno a los Patriarcas»:

«Tal en la soledad de California
nace raza feliz, a quien no roe
pálida angustia el pecho, y cuyos miembros
cruel dolencia no doma, a quien ofrecen
sustento el bosque...» (6).

(3) *Himno a los Patriarcas*, en «Obras», Madrid, 1945, pág. 122. Traduce el poema GÓMEZ RESTREPO.

Una observación: para los *Cantos* y los *Pensamientos* me guío por la edición castellana de Madrid, 1945. La traducción es impecable y fidelísima, y en su mayor parte realizada por MIGUEL ROMERO MARTÍNEZ. Esa edición agrupa los *Cantos*, los *Pensieri*, completos ambos, y buen número de los *Opúsculos morales*, bajo el título general de *Obras* de LEOPARDI. He querido, además, seguir la edición española de esos dos libros leopardianos para demostrar que mi trabajo no está vinculado de ningún modo a una significación estilística de LEOPARDI. En los *Canti* y en los *Pensieri* es donde brilla más el estilo de LEOPARDI. Bien, prescindo de la estilística; mi labor es evidenciar lo filosófico o jurídico, no lo poético ni lo literario en general. Lo hago para no arrancar una sonrisa, y por lo demás, la traducción del señor ROMERO MARTÍNEZ es excelentísima.

(4) LEOPARDI: «La scomessa di Prometeo», en *Operette morali*, Firenze, s. f. (con una «Introduzione» de MARIO FABINI), pág. 134.

(5) LEOPARDI: «La vida solitaria» en *Cantos*, de «Obras», pág. 144.

(6) *Himno a los patriarcas*, «Obras», págs. 122 y 124.

Basta oprimir contra el pecho un «rudo tronco» para evocar a Dafne palpitante, a Fili, a Climena y sentir por las venas

«correr la llama, respirar las hojas» (7).

En virtud del contrato social, dice Rousseau, nosotros nos ponemos bajo «la suprême direction de la volonté générale» (8). Hobbes reducía el «status civilis» a status naturalis», y al surgir la lógica lucha de todos contra todos nace el contrato, y, por tanto, la absoluta voluntad estatal. Esta doctrina influye en el siglo XVIII por su forma, pero no por su contenido, aclara Cassirer (9).

Debido al pacto social, el hombre pierde «sa liberté naturelle et un droit illimité a tout ce qu'il tēte et qu'il peut atteindre», dice Rousseau. Y gana la libertad civil y la propiedad de todas aquellas cosas que él poseía (10).

Que Leopardi seguía a Rousseau, incluso en su condena de las ciudades, lo demuestra aquella frase deprecatoria de Rousseau en el *Emile*: «Adieu donc, Paris, ville célèbre; ville de bruit, de fumée et de boue, où les femmes ne croient plus à l'honneur, ni les hommes à la vertu» (11). Mujeres sin honor, hombres sin virtud; exactamente la postura moralista de Leopardi. El primer reprobado por Dios, Caín, fué el fundador de la ciudad; y el primero que guerrea bellamente contra ella y la condena es Jesús (12). Y no es cierto que la civilización se funde en la verdad, sino en el error, exclama Leopardi (13). Esta afirmación podía dar motivo a indagar si no es eso lo que Giacomo prefería: toda manifestación humana cimentada en el error («dulce error», dijera en un tiempo) y en la ilusión. Ahora bien, el error que él denosta y anatematiza es el procedente de los conocimientos obra de la civilización y no el error radicado en lo primitivo y originado por las constantes naturales.

Para Rousseau el hombre natural es «l'unité numérique, l'entier absolu, qui n'a de rapport qu'à lui même ou à son semblable». Y el hombre civil es sólo «une unité fractionnaire que tient au denomina-

(7) *A la primavera*, «Obras», pág. 118.

(8) *Du contrat social*, en «Oeuvres complètes», cit., pág. 326.

(9) ERNST CASSIRER: *Filosofía de la Ilustración*, México, 1943, pág. 32.

(10) *Du contrat social*, «Oeuvr. compl.», pág. 327.

(11) *Emile*, pág. 252.

(12) *Zibaldone*, vol. I, pág. 296.

(13) *Zib.*, vol. II, pág. 11.

teur, et dont la valeur est dans son rapport avec l'entier, qui est le corps social» (14).

La excesiva civilización degenera en barbarie (15); aunque barbarie, en sentido general, será todo lo que se oponga a la naturaleza incontaminada del individuo. Lo cual presupone el que vivamos hoy en una continua oposición y violencia y contradicción con nuestro estado natural (16). Los salvajes puros no eran bárbaros, y precisamente los pueblos y siglos que más barbarie han colgado de su esencia histórica son aquellos que creyeron estar más cerca del progreso y la perfección (17). Una nación, cuanto más civilizada, más bárbara deviene; un ejemplo lo encontramos en Grecia, con su civilización refinada, muelle y lujosa, que hizo un hábito de la «pederastia»; Platón, Safo y Jenofonte, cada vez que hablan de amor, se refieren a personas de su mismo sexo... Lo sodomítico florece sobre todo en el cieno de la civilización más adelantada. Es un signo claro, palpable, de la decadencia humana. En Roma existió asimismo otra especie de barbarie: el espectáculo de los gladiadores. Y Roma fué más aficionada a tales horrores cuanto contó con una sociedad más organizada y perfecta (18).

De aquí podemos distinguir dos clases de barbarie: *a*) Barbarie viva; es la de Roma, basada en la civilización y en la libertad; vivísima y feroz. *b*) Barbarie cimentada en la molicie y en la inacción. Es la de Grecia, Persia y la de hoy... (19).

Deduciré las características de la sociedad a través del profuso y extenso ramaje leopardiano. Hago observar que lo moral está presente siempre en la obra de Giacomo. Imposible desviar o sortear esta influencia ética ahora, aunque la procuraré lo más tenue y venial que yo pueda: *a*) Leopardi es un profeta de lo individual. Por eso deplora que la sociedad unifiqué lentamente, pero con pasos seguros, a todos los hombres. *b*) La vida social no es más que una lucha de todos contra todos. Cualquier leve abandono trae consigo una invasión de lo abandonado. *c*) La sociedad es enemiga del bien. *d*) La civilización engendra la misantropía. Hoy se busca y se recomienda la soledad; los antiguos, sin embargo, aconsejaban a los jóvenes que se adies-

(14) *Emile*, pág. 127 de las «Oeuvres complètes».

(15) *Zib.*, vol. II, pág. 230; vol. IV, pág. 176.

(16) *Zib.*, vol. II, pág. 204.

(17) *Zib.*, vol. II, págs. 111 y 205; vol. VII, pág. 11.

(18) *Zib.*, vol. VI, págs. 186 y 405.

(19) *Zib.*, vol. II, pág. 404.

trasen en medio del mundo. e) La sociedad genera el odio entre los hombres. La «práctica de la vida», dice Leopardi. f) La sociedad valora al individuo en cuanto éste es estimado. La estimación, arma esencialísima para triunfar rotundamente en el mundo, es más dulce que la benevolencia, granjea más amistades que el amor y nunca acarrea el odio. El amor sí puede acarrearlo. Ahora bien: todo individuo objeto de estimación no lo es de la sociedad en masa, compacta y universalizada, sino de un grupo determinado. El hombre, escribe Leopardi, no puede esperar conseguir el aprecio de la sociedad, sino de un corto número de personas. Así, un literato será sólo estimado por otro hombre de letras; un joven galante hará fortuna entre las mujeres y entre sus compañeros. g) La civilización, la sociedad, no admite enfermedades en su cuerpo. Escupe al infeliz de su seno, igual que al débil. El mundo, dice Leopardi, es, como las mujeres, de todo el que lo seduzca, lo goce y lo pisotee. «Como en cuestión de faldas», escribe donosamente Giacomo. h) La vehemencia y el ardor de los deseos no comulgan con el carácter de la sociedad. i) El mero hecho de la asociación, por muy débil que ésta sea, nos pone un mar de engaño y de vanidad en los ojos. El agradar a la muchedumbre es un imposible para Leopardi, aunque tal imposible será buscado hasta el paroxismo. Diez personas reunidas en una habitación nos infunden respeto y estimación, aun cuando individualmente las despreciamos. j) Hay dos bandos en el mundo: los potentes y los subordinados a ellos. Todo el que nace viene fatalmente encaminado a una de las dos partes. Pocos son los que eligen. «El que pueda, que elija.» k) Es inútil buscar socorro para nuestras desgracias. La sociedad nos vuelve la espalda; no obstante, creemos de buena fe, cuando nadamos en la prosperidad, en la alegría que los demás nos muestran. l) La tolerancia es la cualidad humana más intolerante, dice agudamente Leopardi. El desprecio duele más que el odio. Y lo más deseado por la sociedad es la alegría. Triunfarán en el trato social los que manifiesten una mayor alegría. m) Los hombres se dividen, en cuanto a su comportamiento en la sociedad, en aparentes y en ingenuos. A estos ingenuos los engañan los otros, los aparentes, y no tienen ni siquiera la consideración social de los hortelanos. Y son ingenuos por especial destino del hado, que les confiere una «predisposición natural inmutable» de bondad. En consecuencia, el mundo es una coalición contra los hombres de bien. n) La sociedad atormenta a los niños con «mille angustie, timori, fatiche dall'educazione a dalla'istruzione». ñ) No existe el progreso. Lo que

llamamos progreso no es más que retorno, retroceso. Lo único evidente en la sociedad es el egoísmo, la maldad, la miseria. «Nos es funesto el día en que nacemos», escribe Leopardi. El hombre es antisocial y odia a la sociedad (20). (Vid. en notas todo lo referente a los apartados anteriores.)

Leopardi pensó escribir un tratado social, abarcador de cómo debía desenvolverse la persona en la sociedad. Nuestro autor traslada la doctrina de Maquiavelo al campo social-moral. Lo político se funde en la conveniencia de actuación, en el mejor desenvolvimiento del hombre para conquistar el aplauso del mundo y el poder sólido que lo asegure de eventualidades. Bien es cierto que Leopardi consideró más el maquiavelismo que al mismo Maquiavelo, como nota Carlo Curcio (21).

Esta aplicación del maquiavelismo sobre la sociedad se nutría del egoísmo, escribe Prezzolini (22). Leopardi esbozó una novela, a titular *Machiavelli e Senofonte*. En ella hace decir a Maquiavelo que él siempre expresaba la verdad, «le cose che son vere, che si fanno, che si faranno sempre», y los demás «dicono tutto l'opposto, benché sappiano e vedano anch'essi niente meno di me, che le cose stanno come le dico io». Y añade Maquiavelo que su deseo es que su doctrina enseñada a los príncipes se aplique a la vida privada en un Códice «del sapere vivere, una régola vera della condotta da tenersi in società» (23). El *Galateo moral* es un proyecto de tratado de Leopardi sobre el «arte de estar en sociedad», como añade Curcio; y la dura lección de vida de Maquiavelo había de profundizar hondísimamente en Leopardi, el cual lo apellida «fundador de la política moderna» (24).

(20) LEOPARDI: *Canto nocturno de un pastor errante*, *Palinodia al marqués Gino Capponi* y *La retama*, en «Obras», págs. 185, 220 y 232, respectivamente.—*Zibaldone*, vol. II, pág. 5; vol. V, pág. 172; vol. VI, pág. 164.—*Pensamientos*, en «Obras», I, pág. 258; XIV, pág. 273; XIX, pág. 278; XXXIV, pág. 294; XXVI, pág. 287; XXXVI, pág. 295; XLV, pág. 306; LIII, pág. 314; LXXV, pág. 331; LXXIX, pág. 335; LXXXIII, pág. 340; LXXXIV, pág. 341; LXXXV, pág. 342; LXXXIX, pág. 344; XCII, pág. 346; XCIII, pág. 348; XCVII, pág. 352; C, página 356; CI, pág. 358.—Vid., además, los *Pens.*, XXVIII, pág. 289; XXXI, pág. 291, y XXXV, pág. 294.

(21) C. CURCIO: *Machiavelli nel Risorgimento*, Milano, 1953, pág. 31.

(22) GIUSEPPE PREZZOLINI: «Leopardi. Machiavelli nel Risorgimento», de *Machiavelli Anticristo*, Roma, 1954, pág. 408.

(23) PREZZOLINI: ob. cit.

(24) CURCIO: ob. cit., pág. 31.

La sociedad sólo es la consecuencia de un estado de decadencia originado por otro estado de felicidad; así entiende Maggiore la problemática de la filosofía leopardiana (25). Y Goia asevera que la política consiste en un cálculo de placeres y dolores públicos, del mismo modo que la ética ha de ser puesta en los límites estrictos de placeres y dolores particulares (26).

La sociedad, pues, participa de lo moral y de lo político. Y la balanza que equilibra esos dos platillos es la idea primigenia de lo puramente político. En el campo jurídico-político quizá fuese donde Leopardi anduviera con más detenimiento por lo concreto.

2. IMPORTANCIA DE LA POLÍTICA E IMPERFECCIÓN DE LOS GOBIERNOS

Insinuaba yo más atrás el paralelo entre política y moral. Ahora bien, la política necesita más luces, más reflexión, más detenimiento especulativo que la moral. Esta atañe al individuo y la política a las naciones, a la sociedad (27). Llamo la atención sobre la propensión de Leopardi a contradecirse. Pone a la política, en cierto modo, encima de la moral, por comprender ella los cuidados de la masa, del mundo. Sin embargo, Leopardi fué quien lanzó sus dardos de desprecio sobre el número, sobre la sociedad, abocando sus preferencias al individuo y su soledad. La política es «la parte più interessante, più valevole, di

(25) *La Política*, Bologne, 1941, pág. 361. He aquí las cuatro teorías sobre el devenir de la humanidad, según MAGGIORE: A) Concepción estática, ecléctica, de inalterabilidad de las formas vitales; LINNEO, CUVIER, GUMFLOWICZ, pertenecen a este apartado. B) Decadencia de un estado originario de felicidad y perfección; mito de la edad de oro pagana, del pecado original cristiano; HESÍODO, SANNAZARO, E. DE MAISTRE, TOLSTOI, RUSKIN, LEOPARDI, enarbolan esta segunda teoría. «E il Leopardi —escribe MAGGIORE— esalta e sospira l'età pastorale e patriarcale...» C) Progreso lineal. La humanidad va recta hacia un estado superior. Tiene su origen en el positivismo. Se encuentran en esta posición COMTE, SAINT-SIMON, SPENCER, MAZZINI. D) Teoría cíclica. La humanidad camina sinuosamente; tiene atrasos, adelantos. Dos clases de ciclos: periódicos (CAMPANELA, DILTHEY, VICO, GIOBERTI, GOETHE, NIETZCHE), y no periódicos o cerrados: cada ciclo acaba, luego hay otro distinto. Entre cada ciclo puede apreciarse un hiato (SPENGLER).

(26) «Teoria civile e penale del divorcio», en *Opere minori*, Lugano, 1834, página 4.

(27) *Zib.*, vol. I, pág. 383.

maggiore e più generale influenza nelle cose umane» (28). A la política no le importa el conocimiento del hombre, sino de los hombres (29). Se sacrifica lo personal en beneficio de la comunidad. Una inmensa maquinaria sin alma sustituye al hombre en sí. La política, no obstante, no tiene objeto. Consiste en un bloque de conocimientos conducentes a superar los de nuestros enemigos. Pudiérase llamar ciencia; mas tal ciencia es aprendida tanto por unos como por otros enemigos, y el resultado es el mismo (30).

El individualismo de Leopardi se resuelve políticamente en desvío hacia el propio individuo. «L'accentuazione antiindividualistica è forte e indubitabile in Leopardi», expresa Luporini (31). El hombre, desde el punto de vista de su destino carnal y apesadumbrado, ha de encaminar su circunstancia a un individualismo acérrimo. Pero el hombre considerado bajo el ángulo de la nación, no es más que una partícula sin espíritu del todo político y nacional.

Ningún Gobierno puede ser perfecto. Habrá una perfección relativa en todo caso. Y esto es así porque la esencia de la sociedad, base de la política, lleva el germen de la corrupción (32). La política no puede hacer abstracción del gusano que roe el fruto nacional; es de todo punto imposible la perfección de un Gobierno humano, por contrariar la teoría vital natural (33).

3. LIBERTAD, DEMOCRACIA, REPÚBLICA

Lo natural presupone una libertad, así como lo civil. Según Rousseau expone en su *Du contrat social*, los límites de la libertad natural son las fuerzas del individuo; y los límites de la libertad civil, la voluntad general (34).

Dos significados hay de libertad en la obra de Leopardi: a) Libertad que rige la república, cimentada en la «perfetta uguaglianza». b) Libertad en el sentido de anarquía, que conduce al despotismo, y

(28) *Zib.*, vol. II, pág. 70.

(29) *Zib.*, vol. IV, pág. 389.

(30) *Zib.*, vol. VII, pág. 128.

(31) «Leopardi progressivo», en *Filosofi vecchi e nuovi*, Firenze, 1947, pág. 200.

(32) *Zib.*, vol. III, pág. 460.

(33) *Zib.*, vol. II, pág. 53.

(34) *Oeuvres complètes*, pág. 327.

éste, en definitiva, al individualismo. Leopardi condena esta forma de entender la libertad (35).

El liberalismo, es decir, la devoción por la libertad, tiene tanta antigüedad como el mismo Adán (36). Aunque la libertad no sea, en realidad, más que un fantasma, un ente imaginario, igual que la gloria, la patria, la justicia y la magnanimidad, como escribe Capone Braga (37).

Mas Leopardi no fué un liberal, dice Luporini, sino un «puro democrático». Su democracia era la de signo más revolucionario y avanzado (38). Y es curioso que Leopardi, noble por la sangre, se adhiriera a una concepción democrática, antiaristocrática. Aun cuando llegó un día en que Giacomo despreciara el espíritu de la Revolución francesa, no perdió del todo la moneda de la libertad; o mejor dicho, de la igualdad. La democracia se basa en la igualdad perfecta, que es «il fondamento essenziale e la conservatrice sola e indispensabile della democrazia» (39).

Leopardi hace recaer el peso de la república, de la democracia, que para él es lo mismo, en una igualdad «exterior». Me explicaré: Giacomo condena, no los méritos personales que no salen de la esfera del individuo, sino los honores y el reconocimiento público de tales méritos. La cultura, el lujo y las riquezas terminan extravertiéndose hacia la publicidad, y Leopardi persigue toda desigualdad. Escribe: «Colle ricchezze..., la troppa disugluaglianza delle dignità ed onori esteriori, del potere, etc., ... perirono e sempre periranno tutte le democrazie» (40).

Virtud, pobreza, ignorancia. Pero sin reconocimiento oficial y honorífico; sólo la estima de los conciudadanos. El ideal de las naciones ha de ser no reinar y no servir. Esto se consigue mientras no se aparten los pueblos de su primitivismo, de sus puros ingredientes naturales. El pueblo juzga siempre conforme a la verdad, no plagiando la opinión parcial de cualquier príncipe (41). La muchedumbre no se equivoca jamás, y ella es la única llamada, en buena ley, a dispensar

(35) LUPORINI, págs. 250 y sigs.

(36) *Zib.*, vol. II, pág. 404.

(37) *Ob. cit.*, pág. 151.

(38) LUPORINI, pág. 265.

(39) *Zib.*, vol. II, pág. 67.

(40) *Zib.*, vol. II, pág. 67.

(41) *Zib.*, vol. II, pág. 42.

riquezas a los ciudadanos de mérito. Riquezas que no implican un concepto de lujo.

Lo importante para Leopardi es el interés público, la utilidad común, que es la que marca la acción en toda democracia. Y esto lo presenta Leopardi (42) como un problema de igualdad.

La democracia tiene una dificultad doctrinal en su aplicación humana, pues es imposible la conservación permanente de la igualdad perfecta. Con lo cual la democracia se resuelve en monarquía, o en oligarquía o aristocracia. Y esta última, de hecho, va a dar en la monarquía, por lo que el régimen monárquico absorbe toda forma de gobierno por un fenómeno lógico y pasivo de individualismo (43).

4. MONARQUÍA

Nuevamente pongo de relieve otra contradicción de Leopardi: en el *Zibaldone* afirma que la monarquía es el más perfecto estado de sociedad, y el único que es natural en sí mismo, y primitivo (44). Contradicción, o rectificación, porque su devoción monárquica tiene fecha posterior a su ilusión republicana.

Toda república, dirá Leopardi en un pensamiento de noviembre de 1823, es indicio de corrupción social, trátase de república antigua o moderna. La república es una forma de gobierno secundaria, no primitiva, y su alzamiento provendrá siempre de una corrupción del gobierno monárquico, que la antecede naturalmente (45).

No estoy conforme con la opinión de Giusso, de que la república, en Leopardi, sea una forma de gobierno superior a la monarquía (46). En el libro V del *Zibaldone*, en un pensamiento de noviembre de 1823, barre todas sus creencias republicanas que se muestran en el volumen II del mismo. Hay entre las dos posturas leopardianas un tiempo mínimo de cinco años de diferencia. En el volumen VI del *Zibaldone* vuelve Leopardi a declarar su adhesión a la forma monárquica. Escribe: «Il solo perfetto stato di una società umana stretta s'è

(42) LUPORINI, pág. 199.

(43) *Zib.*, vol. II, págs. 67 y 89.

(44) *Zib.*, vol. V, pág. 372.

(45) *Zib.*, vol. V, pág. 372.

(46) L. GIUSSO: *Leopardi e le sue due ideologie*. Firenze, 1935, pág. 49.

è quello di *perfetta unità*, cioè d'assoluta monarchia, quando il monarca viva e governi e sia monarca pel ben essere de' soggetti, secondo lo spirito, la ragione e l'essenza della vera monarchia» (47).

Monarquía absoluta en su acepción más leve, contraria a la tiranía y al despotismo. El príncipe deberá procurar el bien de sus súbditos. Todos sus actos han de encaminarse a tal fin. He aquí que años atrás Leopardi hiciera una religión de la igualdad; ahora la hace de la unidad. Igualdad entre los ciudadanos, unidad del cuerpo social bajo una cabeza. La virtud preside el pensamiento de Leopardi en todos sus resultados.

Entre la monarquía hereditaria y la electiva, Leopardi decide por esta última; el príncipe, en un reino electivo, no conoce a sus súbditos más que por la verdad, sus relaciones con ellos están basadas en la experiencia. En un reino hereditario, el príncipe concibe una idea equivocada de sus súbditos, pues generalmente lo ve todo a través del cristal de cortesanos y aduladores (48). Y el único fundamento, realmente, que confiere los derechos al trono (49), es la corona que lleva el príncipe, el rey. Esa es la sola motivación de la legitimidad. Leopardi se pierde por las veredas de la imaginación y la fantasía, pues recuerda la tradición en cuya virtud una corona de oro descendía del cielo sobre la cabeza de un individuo, y daba un derecho irrefutable al trono. Robertson recoge esta creencia en su *Historia del reino del emperador Carlos V*, libro no olvidado por Leopardi.

Una sociedad plenamente corrompida como la moderna sólo puede tener un régimen algo durable con la monarquía *casi absoluta* (50). Mas la monarquía absoluta tiende a caer en el despotismo. El «curarsi solamente di se» es la naturaleza y sustancia del despotismo, de la tiranía (51).

Existen dos clases de despotismo:

- a) Despotismo violento, o más egoísta;
- b) Despotismo que yo llamaría moderado, según infiero del parecer leopardiano; moderado, templado, menos egoísta.

Clasificación convencional establecida por mí, pero que creo comprende el espíritu de la teórica de Leopardi (52).

(47) *Zib.*, vol. VI, pág. 267.

(48) *Zib.*, vol. III, págs. 249 y 250.

(49) *Zib.*, vol. VII, pág. 61.

(50) *Zib.*, vol. V, pág. 436.

(51) *Zib.*, vol. II, pág. 71; vol. V, págs. 175 y 486.

(52) *Zib.*, vol., III, pág. 217.

Además de estos dos despotismos, dependientes o atañentes al carácter personal, quiero hacer otra clasificación, atendiendo al sujeto sobre el que recae el impulso despótico:

1. Despotismo del príncipe;
2. Despotismo de sus ministros, que sirven de espejo al despotismo del rey, y despotismo de los subordinados de los ministros, que son «necesariamente déspotas en un gobierno despótico», según Leopardi.

El tirano se guía por el egoísmo, del mismo modo que sus ministros. El individuo en ningún caso es virtuoso; la multitud sí, y siempre (53).

Leopardi no escondió nunca su odio a los tiranos y a la tiranía. En el poema «A Angelo Mai», en *A Italia*, compendia poéticamente su aversión a los déspotas; a Jerjes, el «feroz», que huía

«y de baldón eterno se manchaba» (54).

El déspota dispone, a su arbitrio, de la voluntad y fuerza ajenas en la nación. Puede declarar la guerra a su antojo sin consultar a sus súbditos y oculta las causas de los hechos que originan cambios en el pueblo. Los sucesos importantes, en un régimen tiránico, son motivados casi siempre por pasioncillas, palabras malsonantes, enamoramientos, mal humor, etc., del príncipe o los ministros.

Los motivos que operan sobre un pueblo, en cambio, son pocos y claros. «Ma ora che il potere è ridotto in pochissimi, si vedono gli avvenimenti e non si sanno i motivi, el il mondo è come quelle macchine che si muovono per molle occulte o quelle statue fatte comminare da persone nascotevi dentro» (55).

La corrupción de costumbres es utilísima a los tiranos, quienes no cabrán, dice Leopardi, en la misericordia con que las generaciones futuras mirarán su generación; ni ellos ni sus aduladores y amigos (56).

Para evitar los perniciosos efectos de la tiranía y remediar sus males, suele prevalecer el sistema de la monarquía constitucional, o constitutiva, que así la llama Leopardi. La constitución es la medicina que

(53) *Zib.*, vol. III, págs. 234-236.

(54) Canciones *A Italia* y *A Angelo Mai*, págs. 86 y 103, respectivamente, de «Obras».

(55) *Zib.*, vol. I, pág. 230; vol. II, págs. 143, 254 y 255.

(56) *Zib.*, vol. I, pág. 377; vol. II, pág. 31.

se aplica a un cuerpo enfermo, «un male indispensabile per rimediare o impedire un maggior male...» (57).

La monarquía «*constitutiva*» es:

a) Arbitraria;
 b) Deriva de los hombres y no de las cosas;
 c) La constitución demuestra la exclusividad del bien, que se pone en el monarca solamente, y produce inestabilidad, mutabilidad e incertidumbre en su forma, duración y efectos.

d) La esencia de la monarquía es la unidad. Si el príncipe no es uno propiamente, existe una falsa unidad.

Leopardi lamenta que la Edad Moderna sea la del despotismo «tranquillo, incruento e perfezionato» (58). Como igualmente lamenta que el único derecho que el hombre tiene sobre el hombre, derecho no viciado pero vicioso en sí, descansa en la fuerza, que abre el panorama interesante del equilibrio internacional.

5. DERECHO INTERNACIONAL. GUERRA

El fundamento del Derecho internacional estriba en la correspondencia de trato. Entre los antiguos, el individuo que en sociedad tenía necesidad «di portarsi o trovarsi fra forestieri e sotto legislazioni diverse dalla sua», corría peligro, si «ai forestieri che capitavano in sua patria non avesse renduto i doveri dell'ospitalità» (59).

El Derecho internacional nace, pues de la conveniencia. No provienen tales consideraciones, aclara Leopardi, de una ley natural, de una moral ingénita, sino del cálculo de la utilidad. Ese es «il fondamento delle pretese leggi eterne ed universali costituendi il diritto... delle genti, dell'uomo, della guerra e della pace». Los cristianos abogaron por unas leyes comunes a todos, sin diferencias entre extranjeros y nacionales. Esta unificación del Derecho internacional es una utopía (60).

(57) *Zib.*, vol. II, pág. 72.

(58) *Zib.*, vol. II, pág. 71; vol. V, pág. 387; vol. VI, pág. 267.

(59) *Zib.*, vol. IV, págs. 131 y 343.

(60) *Zib.*, vol. IV, pág. 130.

Una de las lacras que envician aún el Derecho de gentes es la superioridad con que algunas naciones consideran a otras. Los griegos se creían superiores naturalmente al resto de los pueblos... (61).

Leopardi piensa, irónicamente, que la guerra puede ser resuelta con muy escaso número de combatientes, o quizá mejor con dos personas que decidieran la causa empeñada, y a las cuales se pagará por su acción. Mas la humanidad posee una maldad tan ilógica, que a causa del egoísmo los pueblos desean obtener todas las fuerzas posibles para organizar matanzas en masa (62).

La guerra se evita, teóricamente, por el acuerdo general entre los príncipes. Pero se evidencian en seguida dos consecuencias:

1.^a La única garantía de los tratados es la fuerza o el interés. Mala garantía de la paz.

2.^a En tiempo de guerra no existe nación que confíe en un pacto precedente.

Esto, en cuanto a consecuencias bélicas. Porque existe otra consecuencia, independiente de la guerra en acción, pero de ella derivada: que los pueblos, por causa de sus armas o de los otros países armados, ven, incluso en tiempo de paz, su agricultura, su industria y su comercio en función de la guerra, y fuera de la habitualidad de vida y la normalización de equilibrios económicos (63).

Dos son las fuentes de la guerra:

1.^a El egoísmo nacional. Tal egoísmo viene basado en el odio nacional. Entre los salvajes este odio era intensísimo (64). Los extranjeros, entre los antiguos, eran considerados peor que bestias y cazados como tales (65). La razón hay que ponerla en la superioridad ilusoria de algunos pueblos, que se imaginaban elegidos.

2.^a El egoísmo individual, ubicado en la persona que está al frente de la nación. La guerra, en este caso, depende del capricho y la arbitrariedad de aquel que dirige los destinos del pueblo (66).

Leopardi estudia las diferencias de la guerra entre antiguos y mo-

(61) *Zib.*, vol. V, pág. 376.

(62) *Zib.*, vol. II, pág. 253.

(63) *Zib.*, vol. II, págs. 256-258.

(64) *Zib.*, vol. III, pág. 151.

(65) *Zib.*, vol. IV, pág. 159.

(66) *Zib.*, vol. II, pág. 250.

dermos. Deduciré de ellas los caracteres de la guerra moderna: *a)* Hoy sólo combaten los gobiernos, no las naciones enteras. Ellos son los que rompen la paz y se determinan a guerrear. *b)* Tanto los vencedores como los vencidos resultan oprimidos, en vez de la lógica opresión antigua de los vencidos. Y resultan igualmente miserables unos y otros, lo cual es una «cosa barbara e assurda». *c)* Los combatientes se comportan injustamente no sólo con los enemigos, sino con sus mismos súbditos. *d)* Hoy se combate entre indiferente e indiferente, no entre enemigo y enemigo. Y aún se lucha entre amigo y amigo o familiar. Y no se guerrea por una causa propia, sino por la causa de otros, con lo que la ventaja del triunfo es para el que ordenó combatir, nunca para los contendientes. *e)* Las guerras modernas producen vicios, no virtudes y heroicidades. El heroísmo ha pasado a ser un mito de la antigüedad. *f)* Los gobiernos están en un continuo estado de guerra, estado declarado o no, pero real y en potencia siempre. *g)* El cálculo impera en la teoría bélica. La resistencia «depende del cálculo de las fuerzas, de los medios, de las esperanzas». Se calculan las tropas, se efectúan ejercicios militares. Cada nación sabe sus medios y los de la nación enemiga. Antes se guerrea sin medir el poder de los contrarios. Se resistía hasta la muerte, sin conciliábulos o conversaciones precedentes de cálculo de fuerzas enfrentadas. Leopardi recuerda expresamente a Numancia, la heroica, en su desesperado esfuerzo por no sucumbir ante Roma. *h)* Esta manera moderna de hacer la guerra es consecuencia de la civilización. Los combates repugnan a la naturaleza humana «tanto como el suicidio». Al espiritualizarse el hombre se agostó su esencia materialista, la auténtica, la querida por Leopardi. ¡Beata spiritualizzazione del genere umano!», exclama irónicamente Leopardi (67).

Sin embargo, nuestro autor justifica la guerra, o al menos así lo deduzco yo del *Zibaldone*, cuando afirma que es un «mal inevitable y no accidental, en una sociedad estrecha de los hombres». Es decir, cuando las guerras no nacen de la agrupación social, y no son regulares ni esenciales, pueden justificarse. Pero en la sociedad resalta el odio natural del hombre contra el hombre, y la guerra es esencial al carácter de la sociedad. Fuera de la sociedad se justifica la guerra, aun-

(67) *Zib.*, vol. II, págs. 250 y 251; vol. II, págs. 333; vol. III, págs. 438; vol. VI, págs. 173, 178, 180, 181 y 184.

que no sea esencial ni regular. Dentro de la sociedad la guerra es esencial a la sociedad (68).

La guerra proviene muchas veces del ocio, de la falta de ocupaciones y trabajos:

«Hay quien las lides del sangriento Marte
cual distracción elige, y en fraterna
sangre, por ocio, tíñese las manos...» (69).

La raza humana es la sola que se destruye voluntariamente a sí misma. Si el hombre desapareciera del mundo no habría guerras; tal es la idea que preside el *Dialogo di un folletto e di uno gnomo*. El único derecho del hombre sobre sus semejantes es la fuerza, y el dominar por las armas a un pueblo supone el mando civil, y esto ha ocurrido siempre (70).

Guerra, sociedad, civilización. Leopardi niega todos los lados de este triángulo odioso, pero acepta a veces el triángulo ya ensamblado. El Leopardi de las primeras *Canciones* es un cruzado que invita a las armas a sus compatriotas. Claro que hay algo por encima: la libertad.

6. ECONOMÍA POLÍTICA, COMERCIO, DERECHO ADMINISTRATIVO, DERECHO SOCIAL

Leopardi no es diáfano cuando escribe sobre temas generales y pasajeros de Economía. Para él Economía, Comercio e Industria vienen a constituir un mismo bloque. Ridiculiza el fenómeno económico, sin descender a más honduras. Recogeré aquí sus desperdigadas críticas al hecho económico, aunque insisto en afirmar que el poeta no era muy firme en sus apreciaciones, que pecan de oscuridad y vaguedad.

«La perfezione della quale (economía pública) consiste nel conoscere che bisogna *lasciar fare* alla natura, che quanto il commercio (interno ed esterno) e l'industria è più libera, tanto più prospera e tanto

(68) Vol. VI del *Zib*, pág. 178.

(69) Canción *Al conde Carlos Pépoli*, «Obras», pág. 160.

(70) LEOPARDI: «Dialogo di un folletto e di uno gnomo», en *Operette morali*, pág. 103; *Zib.*, vol. III, pág. 420.

meglio camminano gli affari della nazione; che quanto più è regolata tanto più decade e vien meno» (71).

He creído necesario transcribir este párrafo de Giacomo, porque compendia admirablemente su opinión sobre la realidad económica. La Economía como ciencia no tiene razón de existir, ya que lo que persigue es disimular su propia existencia, y que el juego de las fuerzas económicas se realice como si ella misma no existiera. Los hombres no desean que les digan: «Os vamos a dejar hacer...» Tienen bastante con que los dejen.

La vida moderna gira en torno a la moneda, al dinero. Los hombres, dice Leopardi en el «Pensamiento XLIV», no se ponen de acuerdo más que en su amor por la moneda (72). Y en el «Dialogo di un folleto e di uno gnomo» Leopardi critica el uso de la moneda, aludiendo nostálgicamente a la simple permuta de cosas en la compraventa: «Mio padre..., dubita che non gli apparecchino qualche gran cosa contro, se però non fosse tornato in uso il vendere e comperare a pecore non a oro e argento...» (73).

Raro es que al referirse Leopardi a la Economía, no discurra irónicamente sobre ella:

«Uno de tus amigos,
...me aconsejaba:
—No cantes tus afectos; los desdeña
esta viril edad; a los severos
estudios económicos atiende
y al público gobierno.»
(«Palinodia al marqués Gino Capponi») (74).

Otras veces aplica la sabiduría (?) económica del siglo a la boga «de que disfrutaban las ediciones llamadas compactas». En tales ediciones el texto se agolpa y escalona, ocupando todo el papel, y la vista lo padece (75).

Comercio es sinónimo de maldad para Giacomo. Entre las ocupa-

(71) *Zib.*, vol. IV, pág. 365; vol. VI, pág. 419.

(72) En «Obras», pág. 305.

(73) «Dial. di un foll. e di uno gnomo» en *Operette morali*, pág. 102; *Zib.*, vol. II, págs. 458-460.

(74) *Palinodia* cit., en «Obras», págs. 221 y 224.

(75) *Pensamiento III*, «Obras», pág. 264.

ciones de que él habla en el poema «Al conde Carlos Pépoli», se encuentran las que constituyen el Comercio:

«(Hay) quien fiero oprime
su destino también y al mal se entrega;
playas turbando la quietud antigua
con el comercio, la discordia, el fraude,
de la existencia el límite traspone» (76).

En el «Pensamiento XLIV», Leopardi escribe: «La falsedad y la perfidia mercantil, todas las cualidades y las pasiones más depravadas y más indignas del hombre civilizado quedan en vigor y se multiplican sin fin, y la virtud queda esperando» (77).

Virtud y Comercio, Moral y Derecho mercantil están en franca oposición. En la «Palinodia al marqués Gino Capponi» hay frecuentes ejemplos en la animosidad leopardiana para con lo mercantil:

«En campo lidiarán fraternas huestes
por pimientas o aromas o canela
o por el jugo de melosa caña,
o alguna otra razón práctica y útil.
.....
Y rapidísimo,
de París a Calais, de Calais a Londres
y de aquí a Liverpool, será el camino,
por no decir el vuelo.» (78).

La póliza de cambio es objeto de la atención de Leopardi:

«Con pólizas de cambio
satisfecha tal vez, la plata y oro
despreciará nuestra gloriosa estirpe» (79).

Critica el transporte marítimo; los ríos y los mares; cuando el hombre desaparezca de la faz de la tierra, seguirán corriendo los unos, y los otros, fecundos, no se secarán jamás. ¡Y dicen que existen para servir al hombre!... (80).

(76) «Obras», pág. 160.

(77) «Obras», pág. 306.

(78) «Obras», págs. 219 y 221.

(79) *Palinodia*, «Obras», pág. 219.

(80) «Dial. di un folletto...», en *Operette morali*, pág. 104.

Comercio y riesgo se complementan. Mas Leopardi abomina de quienes «desprecian cautelas y se exponen a peligros extremos», negociantes que, por ganancias de poca importancia, usan de un valor peor, más vil que el propio miedo, y mueren de «muerte vituperable» (81).

Un esbozo del Derecho social lo encuentro en el volumen IV del *Zibaldone*, cuando Giacomo escribe: «Niuna republica, niuno istituto e forma di governo, niuna legislazione, niun ordine, niun mezzo morale, politico, filosofico, d'opinione di forza, di circostanza qualunque, di clima, è mai bastato né basta né mai basterà a fare che la società cammini come si vorrebbe, e che le relazioni scambievoli degli uomini fra loro vadano secondo le regole di quelli che si chiamano diritti sociali e doveri dell'uomo verso l'uomo» (82).

Derecho social en su esqueleto, en su concepción más originaria y virgen, como encubridor de toda clase de relaciones entre los hombres. La moral está a la esquina de lo social jurídico, a cada paso.

En cuanto al Derecho administrativo, hallo otra idea, larvada y oscura, en el *Zibaldone* también. Ya Leopardi, cuando escribía el libro VI de esa obra (obra en sentido convencional), estaba trascendiendo de pesimismo y desesperación. De ahí que no sea de extrañar el consejo que da a los gobernantes, que gobiernan y gobernarán siempre frente al odio de los gobernados, porque el hombre odia naturalmente a quien lo guía: el gobernante deberá, ante ese odio, abstenerse del gobierno público, o bien administrarlo para su interés particular (83).

Con lo cual el régimen administrativo ha de utilizarse en fruto y conveniencia del que administra, mejor que en ventaja del administrado. Tesis peregrina y algo dislocada, como tantas cosas de nuestro autor.

7. PROPIEDAD, PATRIA POTESTAD, MATRIMONIO, DERECHO PENAL

Una condena de la propiedad agrícola creo hallarla en estas palabras de Giacomo: «Il lavoro della terra era la principal fatica e occupazione destinata all'uomo. Ora è curioso l'osservare che la parte più

(81) *Pens. VII*, «Obras», pág. 268.

(82) *Zib.*, vol. IV, pág. 351.

(83) *Zib.*, vol. VI, págs. 449 y 450.

oziosa della società è appunto quella la cui sostanza consiste in terre» (84). La propiedad agrícola sirve de basamento a la ociosidad y a la desocupación; Leopardi se ayuda de la observación para pronunciarse así. Pero no sólo de la observación. En realidad, la crítica de la legión que trabaja la tierra se basa en que todo lo que suponga sostener la vida está encadenado a la inutilidad; la vida

«por sí precio no tiene
a los ojos del hombre» (85).

Contribuir a perpetuar el milagro de la vida es signo evidente para Leopardi, de ocio. Paradoja poco afortunada, que nos pone en contacto con el lado malo, y raro, y ciego del poeta.

Luporini pudo decir, refiriéndose a la crítica de la propiedad de los ricos de Leopardi, que para éste «la proprietà dei signori è piuttosto soltanto ciò che garantisce l'ozio ai signori stessi» (86).

Respecto a la patria potestad —y aquí la identidad con Locke—, él la consideraba perniciosa para los hijos. La patria potestad «establece una especie de esclavitud de los hijos». Tal esclavitud es: 1. Más penosa; 2. Más sofocante que la esclavitud civil, debido a su carácter familiar, doméstico, asfixiante. El hijo no es amo de sí mismo, y sus actos se ordenan según las reglas de una acartonada dependencia. No crecen los estímulos de toda clase, no se labra la verdadera personalidad. Y pocas veces ocurrió que un grande hombre no estuviese falto del padre en la primera edad (87).

Estas afirmaciones de Leopardi son secuela obligada de su experiencia vital. El poeta pasó su infancia entre frialdades y laconismos familiares. Baste un ejemplo: Adelaida Antici, la madre de Giacomo, jamás lo besó.

El matrimonio es vituperado por la lengua de Leopardi. La condición del que se une en matrimonio es «acerba» y sus preocupaciones dilatadas, ya que se dispone a dar al mundo «más malvados» (88). De

(84) *Zib.*, vol. I, pág. 402.

(85) *Al conde Carlos Pépoli*, «Obras», págs. 157 y 158.

(86) CESARE LUPORINI: «Leop. Progressivo», en *Filosofi vecchi e nuovi*, cit., pág. 266.

(87) *Pens. II*, págs. 261, 262 y 263 de «Obras».

(88) *Zib.*, vol. I, págs. 366 y 367.

ahí que recomiende veladamente el infanticidio en el poema «A las nupcias de Paulina», idea que recoge Juan Valera (89).

Cuando el matrimonio es considerado indisoluble, los maridos hacen gala de una «estupenda credulidad» respecto a sus mujeres (90). El adulterio reina en esa clase de matrimonios; es una equivocación pensar que la perpetuidad del matrimonio obedece a razones naturales. El tálamo, el coito, sólo necesitan para procrear y educar suficientemente a los hijos, en tanto éstos no se pueden valer por sí mismos. Mas la sociedad requiere del matrimonio que sea perpetuo, pues ya se agolpan otros intereses: la distinción de las familias, de las propiedades. El matrimonio tal como se considera en nuestro tiempo, perpetuo, afirma Leopardi, es fruto del artificio, nunca de la naturaleza humana. No existe el afecto a los hijos, ni obligaciones para con ellos, desde el momento en que pueden caminar por sí solos. Y si en su primera edad supieron de cariño, fué por el instinto y la libre inclinación de sus padres, no por derecho propio. Porque aun las obligaciones de los padres en esa primera infancia de los hijos no son tales, sino un «sentimiento del deber». Naturalmente no hay obligaciones y deberes sino con nosotros mismos (91). Leopardi aplica al matrimonio la doctrina del egoísmo, y el resultado es igual al de otras concreciones filosóficas suyas: el materialismo, la pérdida absoluta de afectos de sangre, en los cuales él no cree. Leopardi acomete, en su execración del matrimonio, contra la sociedad artificiosa de su tiempo, al modo que Rousseau y Montesquieu propugnaban la disolución del vínculo matrimonial (92).

Leopardi se refiere, aunque brevemente, al delito en el *Zibaldone*. Existe un heroísmo en el delito, que hace «argumentar bien» del que lo lleva a cabo.

El delito puede efectuarse:

- a) Sin daño o peligro para el delincuente.
- b) Con daño para él. Este es un caso de heroísmo

Además, y hago otra clasificación convencional, puede tener lugar el delito:

- 1. Sin esfuerzo para cometerlo.
- 2. Costando un esfuerzo y un triunfo de sí mismo. Hay tanto

(89) JUAN VALERA: «Obras completas». Madrid, 1949, pág. 1589.

(90) *Pens. LIV*, en «Obras», cit., pág. 316.

(91) *Zib.*, vol. I, pág. 342.

(92) Grusso: ob. cit., pág. 29.

más heroísmo cuanto el delincuente *no habitual* ha de superar la fuerza de su naturaleza reclamante y de la costumbre. Y el delito se tiñe entonces de una gran ferocidad. La resolución es tarda en este caso, pero la ejecución del delito es terriblemente pronta y violenta (93). Y hay una justificación, o como debiera haber dicho Leopardi de vivir en la fiebre terminológica de años más tarde, existe una atenuación.

Leopardi repudia el homicidio: «Cualquier voluntario homicidio es contrario y repugna esencialmente a la naturaleza» (94).

En resumen: la vida moderna, con la «mansedumbre de sus costumbres» (95), con las leyes opuestas a los impulsos naturales, leyes que ponen de color gris «al mísero vivir» (96), llama apagada en la sangre, la vida moderna, repito, es para Leopardi como un inmenso hospital donde se curan los cuerpos enclenques del entusiasmo. El Derecho supone un destino feo, deforme, de la humanidad. La libertad del hombre, su independencia, su primitivismo, no admiten las mordazas de lo legal, de lo jurídico. Esa es la obra del Derecho: apretar el corazón, mandar un mal viento sobre las azoteas de la belleza... Estética, ilusión, imaginación —¡tan caras a Leopardi!— en derrota. Una crítica lírica, y por eso a veces incoherente, de la sociedad burguesa.

MANUEL MANTERO

(93) *Zib.*, vol. I, pág. 184; vol. IV, pág. 267.

(94) *Zib.*, vol. VI, pág. 302.

(95) *Pens.* XX, «Obras», pág. 278.

(96) Canción *Bruto el Menor*, «Obras», pág. 113.